

## RECUPERACION DE LA TRASCENDENCIA

LUIS CLAVELL

Muchas veces y de diversas formas se ha expresado la paradoja de la utilidad e inutilidad de la filosofía. Sin embargo, más allá de esas aparentes contradicciones, la filosofía se nos presenta como algo inevitable: los hombres, si no cada uno de ellos, al menos la humanidad en su conjunto, no pueden dejar de filosofar. No podemos vivir sin orientarnos en el mundo, porque no somos animales, sino seres inteligentes que actúan de modo racional. Por eso, de modo natural y espontáneo buscamos un rumbo fundamental en el mundo para saber cómo conducirnos, y esa orientación, de algún modo, es filosofía.

Pero como el hombre es esencialmente social, no resuelve el problema de su orientación de modo exclusivamente individual, sino con los demás. Por eso la filosofía es diálogo entre hombres que procuran entender la realidad y se compone también de elementos tangibles como reuniones y congresos, facultades de filosofía y clases, bibliotecas, revistas, etc. Todo esto es importante para la humanidad, porque el saber filosófico cumple una imprescindible función social, como puso de relieve acertadamente el prof. Millán Puelles<sup>1</sup>. La filosofía es una realidad cultural de gran influencia para la humanidad, aun cuando de ordinario sus efectos no se hagan sentir inmediatamente, sino tiempo después.

La pregunta planteada en estas Reuniones, ¿para qué filosofía hoy?, recoge con gran sensibilidad la incertidumbre bastante difundida en la actualidad sobre el sentido del mismo filosofar. A la vez

1. Cfr. su obra *La función social de los saberes liberales*, Rialp, Madrid 1961.

presupone que nos hallamos en una época de crisis y que ésta alcanza también a la filosofía. De ahí la necesidad de reflexionar atentamente sobre el propio quehacer. La cuestión planteada remite, a mi juicio, a otros dos interrogantes a los que intentaremos responder en estas pocas páginas: ¿en qué consiste la crisis actual del mundo? y ¿qué le ocurre a la filosofía?

A pesar de la abrumadora cantidad de información de que disponemos, el mundo de hoy se nos presenta problemático y como un enfermo de difícil diagnóstico. Ciertamente las descripciones más o menos acertadas de los síntomas no faltan, aunque en ocasiones decaen en mero lugar común o en tema literario interesante. La situación se presenta llena de contrastes. Después de una época de euforia ante los portentosos resultados de la tecnología y a pesar de que el progreso continúa, se advierte hoy en los ánimos una cierta desesperanza en la capacidad de la técnica para resolver la cuestión humana fundamental de cómo ser felices. El hombre llega incluso a sentir miedo ante algunos productos de su actividad técnica (armas de guerra, manipulación genética, desequilibrio ecológico, etc.).

Si dirigimos nuestra mirada a las ciencias humanas, observamos también aquí un desarrollo y especialización extraordinarios. Puede decirse que nunca se había estudiado tanto al hombre ni con tantos medios. Sin embargo quizá nunca como hoy el hombre aparece a sus propios ojos como una incógnita. A un nivel todavía más práctico nos encontramos con el fenómeno nuevo y alarmante de que los hombres tienen miedo a la vida: ahí está el triste espectáculo de naciones desarrolladas cuyo número de habitantes disminuye de año en año.

A mi modo de ver, en la raíz de este cuadro enormemente complejo está la difusión de un materialismo hedonista y pragmático. Materialismo doctrinal y sistemático en los países marxistas; materialismo práctico no menos eficaz y difundido en la sociedad occidental calificada «del bienestar». Este materialismo no es más que la otra cara del progresivo alejamiento del mundo con respecto a Dios. Los valores específicamente humanos, ligados al alma espiritual y a su destino trascendente, pierden entonces su fundamentación. La ética no encuentra un punto de apoyo al haber perdido de vista el último fin. La tarea de llegar a un fundamento sólido sobre el que se asiente una justa y pacífica convivencia se presenta inviable. En definitiva, nos hallamos ante una crisis religiosa de vastas proporciones. Y

religiosa equivale a decir profundamente humana, ya que, con palabras del primer Gran Canciller de esta Universidad, «la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce al Creador»<sup>2</sup>.

¿Qué tiene que ver la crisis religiosa con la filosofía? A mi parecer, mucho. Ciertamente la religión no es la filosofía. La filosofía es más parcial, se limita a desarrollar con la mayor profundidad posible la facultad intelectual. La religión, en cambio, es más existencial y compromete todas las energías del hombre; es la respuesta del hombre entero al Absoluto que se manifiesta como primera causa del mundo o que se dirige a los hombres en la revelación sobrenatural. Mientras la filosofía trata de conocer a Dios con el ejercicio riguroso y depurado del razonamiento, el acto religioso por excelencia consiste en elevarse a Dios mediante la oración<sup>3</sup>.

De acuerdo con la distinción señalada, hay que decir que una crisis religiosa requiere propiamente una solución religiosa, y que una filosofía o una «fe filosófica» no podrá colmar el vacío religioso. Sin embargo la filosofía no es ajena a la actual situación. A este propósito, el prof. Pieper ha invertido con agudeza los términos de la célebre cuestión sobre la posibilidad de una filosofía cristiana y ha planteado claramente el dilema de una filosofía no cristiana, es decir, de las filosofías modernas cerradas u opuestas al cristianismo<sup>4</sup>. Si quieren ser filosofía en el sentido genuino de esta palabra, como en PLATÓN o en ARISTÓTELES, no deberían renunciar a la apertura a la teología. Si se cierran a Dios y a la Revelación, no merecen el nombre de filosofía. Si se aceptan estas consideraciones, parece que, en la crisis actual, la filosofía debería ayudar a recuperar el sentido de la trascendencia, contribuir a que el hombre redescubra su sitio en el mundo como criatura, mostrar que lo más razonable es contar con Dios.

2. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, 1980, 12.ª ed., n. 73.

3. Cfr. sobre las relaciones entre religión y filosofía el reciente y sugestivo volumen de C. FABRO, *La preghiera nel pensiero moderno*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 1979.

4. Cfr. J. PIEPER, *Una filosofía non cristiana?*, en *Studi Cattolici*, n.º 237, noviembre 1980, pp. 683-687.

Sin embargo, resulta al menos problemático que la mayoría de los filósofos puedan aportar esta contribución. ¿Qué le ocurre a la filosofía? Que está en crisis juntamente con la sociedad. Es más, añadimos ahora, la crisis humana actual tiene, en buena medida, un origen filosófico. En sus profundos análisis sobre la historia contemporánea, el prof. Del Noce ha puesto de relieve que el mundo actual es profundamente filosófico, en el sentido de que en él se encuentran encarnadas y operantes las doctrinas de filósofos anteriores<sup>5</sup>.

El rechazo o pérdida de la trascendencia que observamos en la sociedad de hoy, se produjo hace ya varios siglos en la filosofía y en reducidos círculos de pensadores. En su conocida *Introducción al ateísmo moderno*, Cornelio FABRO ha demostrado cómo la orientación antitrascendente del *cogito* cartesiano desarrolla con coherencia sus virtualidades a lo largo del pensamiento moderno y contemporáneo hasta alcanzar las formas más radicales de ateísmo y de hermética inmanencia<sup>6</sup>. Otras interpretaciones prefieren fijar su atención en el giro operado por la crítica kantiana, señalando que en ella se advierte la extrapolación de una de las dimensiones de la filosofía primera: la reflexión sobre los conceptos olvidando las cosas reales<sup>7</sup>. Asistimos así a la transformación de la metafísica trascendente en filosofía trascendental, es decir en reflexión de la mente sobre sí misma y sobre sus propios productos<sup>8</sup>.

Parece natural que con el transcurso de los siglos crezca el nivel de reflexividad del hombre sobre sí mismo, sobre la cultura y, dentro de ella, sobre la misma filosofía. Sin embargo lo que ha sucedido en amplios sectores de la filosofía moderna y contemporánea no se reduce a un simple aumento del grado de reflexión, sino que hay sobre todo una negación de la intención directa de la mente hacia la realidad. De este modo la filosofía se cerró a la trascendencia en el plano

5. Cfr. A. DEL NOCE, *I caratteri generali del pensiero politico contemporaneo: I. Lezioni sul marxismo*, ed. Giuffrè, Milano 1972.

6. *Introduzione all'ateismo moderno*, Studium, Roma 1969 2.ª ed.

7. Cfr. A. LLANO, *Filosofía trascendental y filosofía analítica*, en *Anuario Filosófico* XI (1978), fasc. 1, pp. 91-92.

8. Cfr. F. INCIARTE, *El problema de la verdad en la filosofía actual y en Santo Tomás, en la obra colectiva Veritas et Sapientia*, Eunsa, Pamplona 1975, p. 47.

gnoseológico (conocimiento de la realidad en sí misma) y, en consecuencia, también en el plano real (Dios como causa primera)<sup>9</sup>. Entonces su desarrollo apuntó en dirección retroactiva hacia el descubrimiento de las condiciones de posibilidad de los objetos en cuanto tales, haciéndose cada vez más exigente en lo que se refiere a garantías críticas. El diálogo filosófico dejó de tener como punto de referencia la realidad —en la medida en que esto es posible—, para agotarse en el estudio de lo ya reflexionado por otros. La historiografía sustituyó a la meditación sobre los clásicos y se convirtió en un juego académico. Por ese camino no se ve cómo la filosofía puede proporcionar respuestas satisfactorias a los interrogantes que se le dirigen desde varios sectores de la sociedad. Y así no debería extrañarnos que las ideologías, de diverso signo, hayan asumido el papel de educadoras de la humanidad en sustitución de la sabiduría clásica.

La filosofía puede jugar un papel de relieve en la actual crisis, en la medida en que dé el salto a la trascendencia y desde ella trate de iluminar los problemas que la humanidad tiene planteados. Ciertamente no podemos silenciar la saludable reacción del programa fenomenológico de volver otra vez a las cosas mismas. Por otra parte hemos de confiar en la fuerza de la realidad misma que, con su propia consistencia, se enfrenta al hombre y hace imposible una negación coherente de toda trascendencia. Sin embargo, sigue pesando todavía en muchas corrientes filosóficas un prejuicio similar al de la reducción trascendental que llevó a HUSSERL al idealismo. Mientras no se acepte, de acuerdo con ARISTÓTELES y TOMÁS DE AQUINO, la evidencia primera del ser de las cosas y que el *ens* es lo primeramente conocido y aquello en lo que se resuelven los demás conocimientos<sup>10</sup>, parece difícil que la voluntad de realismo logre escapar del círculo de una reflexión que gira sobre el vacío. Por eso una de las tareas filosóficas de hoy consiste precisamente en participar en el diálogo filosófico actual intentando resolver los problemas que tienen planteados las corrientes de pensamiento o escuelas que, investigando con rigor y sin condicionamientos ideoló-

9. La estructura de la filosofía de la inmanencia ha sido excelentemente expuesta en la obra de C. CARDONA, *Metafísica de la opción intelectual*, Rialp, Madrid 1973, 2.ª ed.

10. STO. TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q. 1, a. 1.

gicos externos, se acercan de algún modo a una visión trascendente del mundo y del hombre. Podemos mencionar dos ejemplos interesantes de este diálogo. Por una parte la orientación del realismo fenomenológico que se inspira en el primer HUSSERL y se deshace de las mallas de la reducción trascendental, de tal modo que la fenomenología termina en metafísica. También ciertos problemas planteados por la filosofía analítica invitan a encontrar una solución trascendente en la línea de la metafísica clásica.

Aparte de estas investigaciones a nivel más especializado, la filosofía clásica tiene una urgente función educadora que cumplir en la crisis actual formando intelectualmente a las futuras generaciones en el ámbito de la enseñanza media y universitaria. Y más allá de las posibilidades de acción que ofrece la actividad estrictamente académica, la filosofía debe afrontar los problemas planteados en la sociedad, tratando como SÓCRATES, de desplazar la sofística de las ideologías y de aportar soluciones conformes a la vocación trascendente del hombre.

